1926

RICARDO PALLEJÁ Y VENDRELL

CASTIGO QUE ENLOQUECE

DESAHOGO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

REUS
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE HIJOS SANJUAN
1901

5

CASTIGO QUE ENLOQUECE

CASTIGO QUE ENLOQUECE

DESAHOGO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

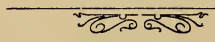
Ricardo Pallejá y Vendrell

Estrenado en el teatro de la Sociedad EL ALBA, con éxito franco y expontáneo, la noche del 17 de Marzo de 1901

REUS
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE HIJOS SANJUÁN
1901

ESTA OBRA ES PROPIEDAD DE SU AUTOR, Y NADIE SIN SU PERMISO,

PODRÁ REPRESENTARLA NI TRADUCIRLA



A la distinguida

Sociedad El Alba,

Dedico este desahogo del corazón en justa correspondencia á la franca y entusiasta acojida que dispensaron los socios todos de la misma, al que puedo llamar, aunque humilde, mi primer trabajo literario.

Ricardo Vallejá.

PERSONAJES

ELENA . . 22 AÑOS; esposa de, . **Sta. D.ª Buenaventura Baseda.**

RICARDO. . 30 » . . . . . **Sr. D. Agustín Cubells.**

RODOLFO . 35 » . . . . . » » **R. Pallejá.**

ENRIQUE . 25 » . . . . . » » **Juan Huguet.**

JUAN, criado; 26 » . . . . . » » **Arturo Salvat.**

ACTO ÚNICO

La escena representa un salón elegante, muebles de lujo y una mesa escritorio á la derecha. Puertas laterales y al fondo.
Derecha é izquierda, las del actor.

ESCÈNA PRIMERA

(Al levantarse el telón, aparece Ricardo sentado ante la mesa escritorio, con ambos codos encima la mesa y ocultando el rostro entre las manos. Dán las 9 en un reloj.)

RICARDO. (Saliendo de su postracción.) Las nueve; como corre el tiempo para precipitarnos á la muerte; como tarda en su curso para prodigarnos tan solo un instante de dicha. (Pequeña pausa.)

No, imposible, inútil tarea la mía; inútil sí, es la tarea de un comerciante acomodado ante los ojos del mundo, buscar recursos, solicitar apoyo material de este ó el otro, sin correr el riesgo de ser descubierta su verdadera situación ante este mismo mundo

072757

que acaudalado le crée; sí, la propia sociedad que ahora me crée un protegido de la fortuna y que gracias á tal creencia, de atenciones me colma é hipócritamente me adula; esa misma sociedad que ante mi se descubre servilmente, aparentando respeto profundo; todos, unidos en masa compacta, formando un solo cuerpo, volveríanme descaradamente la espalda con gesto despreciativo, pisoteando sin escrúpulos ni piedad mi honra cual si fuera monstruoso criminal, inventando lo más rastrero, lo mas humillante, si llegaran ¡gran Dios! si llegaran tan siquiera á adivinar mi pobreza, mi ruina... oh!... no, inútil, inútil pensar en la magnanimidad de corazón de los amigos; nadie sabrá comprenderme; todos rehusarán ampararme. (Pausa.) Si hasta ayer nada sospechó éste, aquel, el otro y el otro, sospechar pueden hoy que un plazo cumple; cumplirá el de mi perdición, si por toda esta mañana no devuelvo una suma considerable que adeudo á un amigo.

Hace tres meses, era yo el hombre más feliz, el ser más dichoso de la tierra. Satisfecho con la labor constante que imponíanme mis negocios, estos viento en popa iban siempre gracias á mi espíritu infatigable y al favor de mis clientes que era constante, aumentando en número cada día más y más. Dueño yá de una regular fortuna, recordaba continuamente y lo recordaba con transporte de amor, la existencia de un paraíso en mi casa, amorosas redes que aprisionan el corazón, mi esposa; mi bella Elena, cuyos brazos, cual

dulces cadenas, sugetaban mi cuerpo, aprisionándolo, en sus arrebatos de pasión intensa. Era aquello más que paraíso, la gloria; ella tan buena, ella tan santa, compendio de gracia y virtudes, de amor y belleza. (Pequeña pausa.) Una noche, ¡noche fatal!, fuímos á una reunión que daba en su salones mi amígo Rodolfo. Allí se bailaba, se jugaba después. Finido el baile, mientras las señoras se entretenían en el salón con sus cuentos, con sus historias, nosotros, los hombres, pasamos al salón de juego en donde al punto se organizaron varias partidas de tresillo. Al juego todos, distraía mi atención de vez en cuando la chillona voz de un individuo de distinguido porte que, en una mesa contigua á la en que yo me hallaba, discutía con un sugeto rollizo y de rostro encendido. Este, parecía no comprender bien lo que el otro decía y hacíale repetir palabras y más palabras, lo cual dió lugar á que yo me enterara, hablaban de la bolsa. Y de tales cosas la chillona voz de aquel hombre hízome sabedor, tanto dijo en el transcurso de la noche, que llegó á cautivar enteramente mis sentidos y, olvidándome de todo, de mis compañeros de juego, de la casa del amigo, de mi esposa, del mundo entero, sentí poco á poco despertar en mi la ambición, la codicia, el deseo de poseer riquezas y más riquezas, millones y más millones, raudales de oro... Sí; sentí hervir mi cerebro por calentura febril, apoderándose de él, delirio de grandezas. (Pausa.) Aquella noche, no pude conciliar el sueño; continuamente al redor de mi lecho,

descubria apariciones diabólicas que ofrecíanme arcas repletas de oro y más oro... oh!... un desvarío contínuo... Al día siguiente, no pudiendo yá resistir á la tentación, quise á mi vez probar fortuna. Jugué y ¡oh dicha inefable! gané unas miles de pesetas; ¡ah! después, quien detiene la corriente. Se cegaron los ojos de la razón, y á la mañana siguiente, vuelta á jugar... ¡pues no! ¿debía desperdiciar mi suerte? (Irónico.) A jugar pues, y á perder yá... Perdí el doble de lo antes ganado; no importa, me dije; recuperaré mañana el dinero y... ¡maldición! perdí más todavía... no importa, no importa, hasta mañana, mañana será, mañana... Y el delirio iba alborotando mi ser, me embriagaba aquella atmósfera de ambición mal reprimida, y cada día creía ganar lo que llevaba perdido, y cada día me hundía más y más en el abismo.

La vaporosa esperanza, no obstante, aparecía en el cerebro, y vuelta á jugar y vuelta á perder; y la desesperación pronto suplió á la esperanza, y el delirio se unió después á la locura...

Quedé sin recursos... La miséria amenazaba traspasar los umbrales de mi casa... estaba completamente perdido. Próximo el vencimiento de letras y vacía mi caja de caudales, veía el escándalo en perspectiva, evidente mi deshonra. Apurando toda la amarga hiel de la desdicha y bebiendo á sorbos en la copa del dolor supremo, solo un medio hallé, para remediar de momento mi situación. Corrí pues en auxilio de Rodolfo, de

mi amigo, y le conté, enrogecido el rostro, mi debilidad, descubriéndole mi crítico estado. Le supliqué quedára entre ambos el secreto y así lo prometió y así lo ha cumplido hasta ahora. Prestóme al punto, bajo pagaré á 60 días fecha, la cantidad necesaria para satisfacer mis deudas, para abonar el importe de las letras próximas á vencer, para evitar el descrédito y con él la deshonra. Quedaron á salvo ambas cosas. (Con amargura.) Y no obstante, ahí tenéis; salí de una situación horrible, para caer en otra más horrible todavía. Han pasado dos meses, el plazo señalado para el vencimiento del pagaré, y en vez de acudir á medios honrados para procurarme el dinero que hoy debiera devolver, acudí á los mismos medios rastreros que hicieron á aquel desaparecer de mi caja de caudales. Acudí otra vez al juego fatídico, y me hundí aun más y más, hasta llegar al fondo. (Exasperándose.) Y hoy vence el plazo, y hoy Rodolfo dice necesita su dinero, y por toda esta mañana, por toda esta mañana, su dinero, su dinero... y aún he de procurarme, ¡oh!... y aun he de procurarme los medios para encontrarle. Tengo forzosamente que protestar el pagaré, y la ejecución por intervención del juzgado puede venir enseguida, y puede venir la pública deshonra inmediatamente después. (Con ironía.) ¡Ah! ¡magnífica, deliciosa, envidiable situación la mía! La bolsa tragándose también para *colmo de dichas*, el sobrante que restaba al pagar mis deudas con lo que importaba el pagaré; dentro breves días vencen

otras letras, (con amarga sonrisa.) y yo... y yo sin un cuarto para pagar á nadie. (Transición.) ¡Dios mio! Que hice yo al fin y al cabo que no hayan hecho otros mortales? ¡Que hice yo, para que así me castiguéis, Dios poderoso!... (Con rábia.) Oh!... y no me queda yá más recurso que la muerte... (Con espanto.) No... no... la muerte no... aun no... ¿y mi Elena? ¿y mi esposa?... (Con horror.) Oh!... ¡aparta, aparta, idea maldita! ¡aléjate del pensamiento fantasma miserable de la destrucción!... Ella, mi esposa, nada sabe todavía, lo ignora sí, lo ignora todo. ¡Que horrible decepción la suya cuando se entere!... Ella que me crée un santo; (sonriéndose sarcásticamente) un santo aparentamente por fuera; (con sorda voz) un ser carcomido por la podedumbre del juego por dentro... (Resuelto.) No, antes de recurrir á la muerte, probaré lo que yá solo probar me resta; algo que Satanás me inspira. (Se levanta.)

ELENA. (Dentro.) Ricardo...

RICARDO. (Yendo hácia donde partió la voz.) ¡Mi esposa!... (Retrocede) pero... no, no; leería en mi semblante... No, no quiero verla. Seríame difícil ahora, imposible, del todo punto imposible, disimular lo que tanto tiempo disimular he podido... (Con resolución) ¡Ea... á la calle!... (Desde el fondo, dirijiendo la mirada al suelo y en actitud altamente trágica).

Satanás... ¿quieres que te obedezca?... pues bien, te obedezco yá al seguir tus huellas. Me dás la postrera esperanza... haz pues que no se desvanezca. Probaré por última vez; aun tengo crédito... tu diabólica silueta me

acompañará. ¡Ea! ¡á la calle!... ¡á probar!... á ser feliz todavía, ó á entregarme para siempre en brazos del mónstruo á que me lleve á sus enrogecidas estancias, á que una vez en ellas, y entre llamaradas de fuego horroroso, envuelva mi cuerpo dándome eterno tormento y una agonía sin fin, hasta que, el voraz elemento, convierta en cenizas mis huesos y en humo mis cenizas, y así mí castigo sea expiación ejemplar con que aprender puedan todos, todos los que la tentación les arrastre irreflexivamente hasta el borde del precipicio... ¡A la calle... á la calle!... (Váse puerta fondo)

ELENA. (Dentro) Ricardo... (Pausa)

(En el monólogo anterior, podrá suprimir el actor encargado del papel de Ricardo, los párrafos que crea convenientes, siempre que no perjudique la exposición dramática.)

ESCENA II.

ELENA

(Saliendo) Ricardo, no me oyes?... (Advirtiendo que está sola) Pero... no está!.. y sin embargo yo he oido el eco de su voz, si; hablaba en voz alta. (Como pensando en algo) Ah!.. yá entiendo, esto es que se habrá escondido como otras veces solamente para hacerme rabiar. (Como si se dirigierá á alguien) No, pues si tarda un momento mas en presentarse V., Sr. Ricardo, su señora esposa se enfada y no quiere recibirle mas en sus brazos, no y no. (Aparte) Así, que rábie. (Al decir «así que rábie» se sienta, como e

perando á que su marido salga, y preparándose á recibirle con frialdad. Pausa) Y no se presenta.... (Impaciente) Es estraño... ¿habrá sido ilusión mía lo del eco de su voz?... (Convencida) Claro que sí. (Contestándose á si misma) Pues no; que no habría ya cincuenta veces echado sus brazos á mí cuello ha estar de veras escondido!... (Reflexionando) Pero... no obstante; yo quiero salir de dudas. (Toca el timbre) Veré si el criado...

ESCENA III

ELENA y JUAN

JUAN. (Por la puerta del fondo) Señorita, llamaba V.?.. (Con respetuoso cariño siempre)

ELENA. Si, Juan si... ven... escucha.

JUAN. (Adelantándose y cojeando) Todo son oídos señorita, diga V. cuanto quiera.

ELENA. ¿Has visto salir á mi esposo?

JUAN. ¿A Don Ricardo? si, señora, hace un momento, ya lo creo que le he visto...

ELENA. (Aparte) Hace un momento; entonces era el, no hay duda.

JUAN. He visto y he sentido... (Da un paso y hace una mueca)

ELENA. ¡Eh! Que significa esta mueca?... y que es esto que dices que has sentido?

JUAR. El pisotón que me ha dado en la punta del callo del dedo gordo del pié derecho, dejándome sin sentido y mas retorcido que una culebra de ochenta y cinco palmos y medio.

ELENA. (Riendo) No disparates, hombre.

JUAN. ¡Ah, sí, sí! Ríase la señorita; pero cuando yo la digo que he visto las estrellas... las he visto.

ELENA. Ya lo creo; de noche y despejado el firmamento.

JUAN. Bueno; yo no sé si estaba despejado esto que V. dice *firmalmento*... esto no lo sé... pero sí que se yo que era de día cuando don Ricardo me ha dado el pisotón al pasar por mi lado. (Con exageración cómica). Oh! y parecía que iba muy aprisa, muy aprisa, muy aprisa... sí, señorita, sí; el rostro encendido y por los ojos...

ELENA. (Asustada) Eh! ¿que dices?...

JUAN. (Con exageración estremada) ...y por loso jos parecía como si le salieran chispas, ó *relampagueos*...

ELENA. (Con dolorosa expresión) Ah! yá me lo presumía yó; á él le pasa algo que me oculta... Hace ya tiempo que estoy observando en él distracciones y tristezas; tristezas y distracciones que le absorben el cariño hacia su esposa. ¡Oh, si! he creido observar hace algun tiempo que disimula lo que tengo yo derecho á saber... Sí, señor; que tengo derecho á saber... yo soy su esposa, y él es mi vida, y yo quiero sufrir si él sufre... y yo quiero llorar si él llora. (Dejándose caer en una butaca y rompiendo á llorar)

JUAN. (Alarmado) Pero... señorita, cálmese V... no se desespere; es que puede ser que yo me haya fijado mal... si, señora, ¡vaya! yo me he fijado mal.

ELENA. (No haciendo caso de Juan) Y hablaba solo y en voz alta. ¡Que le pasará, Dios mío, que le pasará!... (Queda recostada en el sillón)

JUAN. (Aparte y dándose de cachetes) He sido un mentecato, un animal, un animal y un animal. ¡Claro! ¡como que le he dicho lo que no le tenía que decir!... ¡pobre señorita; como llora!... ¡y es tan buena!... vamos, que á mí tambien se me saltan las lágrimas de verla llorar... Pero, es claro; me habló ella de *firmalmento*... que se yó... y pues, mira, palabras bonitas tambien, como si fuera un *driputado*.... *relampaguéo* vá, ojos con chispas viene, y... y... y soy un animal; ¡vaya, que sí que lo soy!... y si no fuera que fuese que soy un hombre, rompía á llorar como un *chiquitin* ahora mismo

ELENA. (Levántase y rapidamente se dirije hacia la mesa escritorio) Yo quiero averiguar la causa, yo veré si entre sus papeles encuentro un indicio. (De pronto como recordando la presencia del criado) ¡Juan!...

JUAN. Señorita... (Con dulzura)

ELENA. Puedes retirarte. Si te necesito ya llamaré.

JUAN. Está bien señorita, está bien, yá me voy... (Yéndose y hablando consigo mismo) Vamos, que lo que es esta, no te la paso Juan, no te la paso no, ¡vaya que no!...

ESCENA IV.

ELENA

(Buscando con ansiedad entre los papeles del pupitre) Ahora que estoy sola, veré, veré si aquí, entre sus papeles, hay algo que pueda darme á entender este misterio... algo que hable por

él. (Movimiento significativo) Ah!... aquí; á ver, á ver, que es esto? (Saca una carta) Una carta cuidadosamente guardada... (Lee el sobre) Vá dirigida á Ricardo... leémosla. (Saca la carta del sobre) Veamos la firma... (Lée) «Rodolfo Monferrer»... (Declama) ¡Ah! es de nuestro amigo Rodolfo... (Como quien rehusa leer). ¡Ba!... Hablarán de cosas indiferentes, de política quizás. (Reflexionando). Pero, sin embargo... ¿porqué estaba tan cuidadosamente guardada?... (Con decisión). Nada, nada; veamos lo que dice... La curiosidad puede más. (Lée). Amigo Ricardo: Con toda el alma deploro tu crítico estado... (Declama). ¡Eh!. ¿qué es esto? ¿su crítico estado?... no comprendo... (Lée). Tu crítico estado; pero como muy bien sabes que en cuestiones de negocios el dinero es factor principal é inaludible por lo tanto su intervención en ciertas operaciones... (Declama). ¿En qué irá á parar con tal rodeo?... (Lée). En ciertas operaciones, en las cuales, hay que hacer al punto efectivas sumas considerables; y como tengo mi capital en metálico invertido constantemente... (Declama). ¡Oh! rodeo tal me espanta!... (Lée). Invertido constantemente, me es del todo punto indispensable, para hacer un depósito que úrge, esté en mi poder y antes de la tarde del día 20... (Declama) Del día 20... ¡hoy!... (Lée). Del dia 20, fecha en que vence el pagaré por tú firmado, la suma de cien mil pesetas que te presté para preservarte al escándalo, para salvarte de la deshonra de una quiebra... (Declama, con horror). ¡Ah!... ¡Dios mio! que es esto, que es esto... que desgracia tan horrible... (Llevándose las manos á

la garganta). No sé, no sé que siento aquí... en la garganta... me ahogo, me ahogo... (Se tapa el rostro con ambas manos). Habla de una quiebra... de una quiebra. ¡Qué espantosa revelación!... (Lée). La deshonra de una quiebra... (Declama). Sí; la deshonra de una quiebra... Veámos, veámos más adelante... (Lée). Si te encuentras como dices, en situación desesperante, acude á los amigos, que bien puede ser halles entre ellos quien te proporcione dinero, para así, devolverme tú ahora, el que entonces te presté á fin de librarte del duro trance; haz lo propio conmigo, te lo suplico, pues de buscar en otros dicho capital, yo, poderoso, me obligarías caer en el ridículo por lo que no quiero pasar. De no devolverme tú el dinero, me vería precisado, como es procedente en estos casos, á protestar el pagaré seguido de la ejecución del mismo, por intervención del juzgado... (Declama). ¡Ah!... basta... no quiero leer más.... me quema los ojos el reflejo de estas letras. ¡Arruinado mi esposo!... ¡en la miseria los dos!... Sí, ahora comprendo sus tristezas, sus distracciones... ¡y yo sin saber nada!... ¡y yo ignorándolo todo!... (Deja la carta encima la mesa).

ESCENA V

ELENA y JUAN

JUAN. (Desde el fondo). Señorita...

ELENA. (Ensimismada). ¡Todo... todo!...

JUAN. (Adelantándose). Señorita...

ELENA. (Asustada). ¡Eh!... ¿quién anda ahí?... (Recono-

ciendo al criado). ¡Ah! ¿eres tú? y bien, que quieres... (Nerviosa). Porque has venido... quien te ha llamado.

JUAN. (Con embarazo). Es, señorita, que hay un caballero que pide por D. Ricardo; y como el señorito no está en casa...

ELENA. (Interrumpiendo vivamente). Bueno, pues, se le dice que el señorito está fuera, ...¡lo oyes!... y que vuelva luego, más tarde, ¡has entendido! y, véte, véte, déjame en paz.

JUAN. (Con terquedad). Pero atienda V., señorita; esto mismo le he dicho yo, y entonces él, ha contestado: «Pues bien; si no está el señor y está la señora, importa que vea yo á la señora, á cualquiera de los dos, pues interesa mucho».

ELENA. (Con ansiedad). ¿Que interesa mucho dice?... ¿tú has reconocido á este caballero?...

JUAN. Paréceme señorita que sí, que es el Sr. Enrique, el secretario de D. Rodolfo, de este ricachón amigo de Vds. que vive enfrente.

ELENA. (Con viveza). ¡Ah! pues que pase, que pase inmediatamente.

JUAN. Voy, señorita. (Váse).

ESCENA VI

ELENA

¿De qué triste nueva será este emisário?... Amenazas quizás... (Se sienta, apoyándose la cabeza con ambas manos). No sé lo que me pasa... Siento fiebre en mi cuerpo... ¡Que será esto, cielo santo, que parece el comienzo de un suplicio!...

ESCENA VII

ELENA y ENRIQUE

(El criado acompaña á Enrique hasta la puerta del fondo, haciéndole señal de que pase. Váse enseguida el criado).

ENRIQUE. (Se adelanta y saluda). Señora...

ELENA. (Levantándose y saludando). Caballero...

ENRIQUE. Sin duda le extrañará á V. mi presencia en esta casa y mi terquedad para hablar á uno cual fuere de sus amables dueños; pero si V. me lo permite, pronto la pondré en conocimiento del objeto de mi visita, teniendo en cuenta que es urgente de resolución el caso.

ELENA. Caballero, tendré suma satisfacción en escucharle. (Hace indicación á Enrique para que tome asiento y así lo efectúan los dos).

ENRIQUE. Me permitiré advertir ante todo á la señora, que, la gravedad del asunto que me ocupa, por demás triste, hubiérame obligado á la discreción, á no concurrir la probabilidad de que la catástrofe, no llegue á tomar el nombre de tal, si es que mereciera...

ELENA. (Interrumpiendo). Caballero; para evitarle á V. la molestia de la preparación, creo de mi deber advertirle, que, estoy enterada de la ruina de mi esposo, es decir, nuestra ruina, que Ricardo tuvo buen cuidado en ocultarme y así seguiría ignorando, á no haber descubierto yo esta carta (la enseña) entre sus papeles, cuyo contenido, acaba de revelármelo todo.

ENRIQUE. Esta carta... (Reconociéndola. Aparte). La carta infame que hízome escribir aquel hombre más infame todavía, para echar una soga

al cuello del infeliz que se está ahogando. (Devuelve la carta á Elena que la deja encima la mesa-escritorio).

ELENA. (Impaciente). Supongo caballero, que comprenderá mi impaciencia y calmará pronto este frenesí que me devora. Entiendo que viene V. aquí por mandato de...

ENRIQUE. (Con ironía). De Don Rodolfo, mi principal, ¿no es eso?...

ELENA. Cierto.

ENRIQUE. ¡Ah! no, señora; pero, yendo al objeto principal de mi visita, y puesto que V. yá nada ignora del grave suceso, podremos con más claridad, ver de solucionar ambos, el conflicto que se avecina. Yo, señora, por razones que respeto emitir ahora, pero que más tarde saldrán á luz, estoy en contraposición con el proceder de *mi principal.*

ELENA. ¿Usted? su secretario...

ENRIQUE. Sí, señora. Primero, porque no creo esté *D. Rodolfo* (con ironía siempre que nombra á Rodolfo) en situación tan apurada como él dice (aparte) y lo sé de buena tinta, (alto) que para hacer un depósito, (aparte) mentira, (alto) necesite el dinero, que en otro tiempo, prestó á D. Ricardo, el esposo de V.

ELENA. (Con emoción). Pues entonces, sí es así, ¿porque amenazar á mi esposo con llevarlo á la vergüenza?... ante el tribunal?...

ENRIQUE. (Con ironía). *Finezas de amigo,* señora, que no llego hasta cierto punto á adivinar; precisamente tocante á ello, no veo, por el pronto, modo de solucionarlo, porque él es terco, y no cederá.

ELENA. Pues entonces, ¿qué ganamos con lo que

V. pueda proponer si ha de hacerse de todos modos, pública la deshonra?... el descrédito?...

ENRIQUE. Hay mil estratagemas, señora, en cuestiones de negocios, para en momentos dados, dejar borrado un mal formado concepto, ó restablecer el crédito, aún después de la quiebra, que ésta, no obstante, y por todos los medios que tenga á mi alcance, no llegará á tener efecto.

ELENA. (Con vivo interés). Esplíquese, esplíquese usted, que yo le comprenda bien, pues creo vislumbrar un rayo de esperanza en sus palabras.

ENRIQUE. Para mayor claridad, es preciso que haga un poco de historia. Yo, señora, pertenezco á una familia distinguida, que por azares de la fortuna, vino á la miseria rapidamente. Quedé, poco después, huérfano de padre, y fuéme entonces preciso buscar un empleo, y el primero que presentóseme acepté. Acepté para atender á mi anciana madre. ¡Pobre madre mía! No pudiendo sobrevellar aquella série de desdichas, murió á los pocos meses. Solo, cual estrella errante, vine á Madrid; *D. Rodolfo*, (aparte) me queman los labios al pronunciar su nombre. (Alto). *D. Rodolfo* conocióme; y creyendo que yo podía serle útil para la marcha de su administración, tomóme á su servicio como secretario, cargo que he desempeñado hasta hoy, y que para mi tranquilidad, no desempeñaré más en adelante.

ELENA. ¿Para su tranquilidad?... pues como entonces...

ENRIQUE. Permíteme, señora, un instante; voy á concluir. Ayer, recibí carta de mi procurador en Valladolid, mi ciudad natal, anunciándome que, dentro ocho dias, á lo sumo, entraré en posesión de una cuantiosa herencia otorgada á mi favor por un hermano de mi pobre padre, el cual, solo el hombre, quiso asegurar á su muerte, el porvenír de su sobrino, abatido y apesadumbrado á causa de tantas desdichas.

ELENA. En efecto ha sido V. bien desgraciado... pero... (Impaciente.)

ENRIQUE. Pero quiero con esto decir, señora, que, dueño dentro ocho días de una regular fortuna y á fin de reivindicarme de haber estado algunos años al servicio de un hombre, cuyos procedimientos para enriquecerse, detesto, pondré á la disposición de Vds. el capital que sea necesario para dejar á salvo el honor de D. Ricardo, una de las personas de más relevantes cualidades que he conocido.

ELENA. (Conmovida.) ¡Oh! que hermoso corazón.

ENRIQUE. Le advierto al propio tiempo, señora, y para su mayor tranquilidad, que mi dinero será prestado incondicionalmente y por tiempo indefinido, sin mas garantía que la palabra de su esposo.

ELENA. (Con emoción), Que bueno, que bueno es usted caballero. Su meritoria obra no tendrá precedente... el agradecimiento...

ENRIQUE. Señora; ni mérito tiene, ni agradecimiento merece, el obrar impulsado por la ley de la razón, máxime, cuando trátase de reivindicarse de hechos que son punibles por la

ley de los hombres, puesto que yo, aunque inconscientemente, es cierto, por la índole de mi cargo, he intervenido en asuntos y negocios no muy escrupulosos.

ELENA. ¡Quien diría que Rodolfo!...

ENRIQUE. Y no obstante es así. Por esto, hoy que yá puedo abandonar un cargo que la necesidad me obligó á ejercer, quiero demostrar ante estos mismos que me han creido un instrumento servil por propia voluntad; ante estos mismos que me miran con cierta compasión, como á un ser despreciable, insignificante, quiero demostrarles, repito, que se han equívocado por completo en sus creencias, y se lo demostraré, no con el acto que discutimos, que es satisfacción que doy á mi conciencia, y por esto debe quedar secreto, sino con hechos que, con seguridad, sorprenderán á los que precisamente hoy de mi se burlan; pero... dejémos ésto á un lado, pequeñeces al fin, señora, y veamos si se puede evitar el que Rodolfo proteste hoy el pagaré.

ELENA. Oh! es verdad, es verdad. La grata proposición de V. habíame hecho olvidar el verdadero estado de cosas... (Con tristeza.) Verdad, caballero, que ha toda costa hay que evitar este trance, pues conozco á Ricardo, y no podrá resistir el golpe, aún y todo con la esperanza de ver recobrado su crédito.

ENRIQUE. Ha estar aquí D. Ricardo, hubiéramos salido pronto de dudas respecto á este punto. Quizá él convendría en esperar estos ocho día, aún que el otro denunciára, pues ya le dije antes que, en cuestiones de negocios,

hay mil subterfugios para recobrar el crédito...

ELENA. ¡Oh! no; convenir él no, estoy segura; es demasiado bueno, es demasiado honrado... (Exaltándose) y donde estará, Dios mío, mi esposo... donde habrá ido... (Levantándose nerviosa) yo quiero verle... yo quiero ir á su encuentro... yo quiero mi esposo... oh! Ricardo... Ricardo... (Dirigiéndose excitada hácia la puerta del fondo.)

ENRIQUE. (Alarmado.) Cálmese V. señora... no se desespere. Presumo donde estará su esposo... yo me comprometo á encontrarle, es más, me atrevo asegurar á V. que sé donde pára.

ELENA. (Tranquilizándose.) ¡Ah! Caballero, V. sabe... irá V. pues á su encuentro enseguida ¿verdad?... V. es bueno, muy bueno...

ENRIQUE. (Con vehemencia.) Si señora, sí, iré... vamos tranquilíceseV. Pero antes, señora, (con embarazo) quisiera encontrar un medio...porque después sería tarde... un medio para conseguir de ese hombre, de Rodolfo... yá que V. afirma que su esposo no podría soportar la vergüenza de la quiebra... quisiera hallar el medio de convencer al que vá á publicar la ruina de D. Ricardo, á que esperára...

ELENA. (Antes de acabar Enrique el párrafo anterior habráse quedado Elena pensativa y al concluir aquel, como contestándose á si misma, dice): Sí; no queda otro recurso; el tiempo aprémia, probaremos... (Alto). Caballero, tengo yá el medio.

ENRIQUE. (Con curiosidad). Dice V...

ELENA. (Como quien tiene hecha ya una resolución.) Puede V. decirme si estará en casa Rodolfo?

ENRIQUE. En su casa se hallaba cuando de ella salí,

hará como á una hora... Pero puesto que vive enfrente... el criado...

ELENA Aguarde... (Se sienta en la mesa escritorio y cogiendo pluma y papel escribe febrilmente. Aparte.) No hay otro camino... el paso será quizás una imprudencia, no lo sé; pero se trata de salvar á mi esposo que es mi vida. (Continua escribiendo.)

ENRIQUE. (Que ha observado algo sorprendido los movimientos de Elena.) Señora... si no es indiscreción; ¿podría indicarme este medio?...

ELENA. (Acaba de escribir.) Ahí lo tiene V. Léa estas palabras. (Le entrega el papel y toca el timbre.)

ENRIQUE. (Lée.) «Rodolfo: Interesa vivamente á ambos y á ser posible dentro unos instantes, tener una conferencia, aprovechando la ocasión de no hallarse presente Ricardo; no siendo pronto esta entrevista, podría sorprendernos mi esposo y enterarse de lo que precisamente conviene que él ignore. Elena.» (Declama.) Y V. crée en la eficacia de esta entrevista?...

ELENA. No queda otro recurso... Mis ruegos...

ESCENA VIII

ELENA, ENRIQUE Y JUAN (por el fondo.)

JUAN. Llamaba la señorita?...

ELENA. Sí; mira, toma. (Pone un sobre en la carta.) Lleva inmediatamente esta carta á D. Rodolfo ¿sabes? que vive enfrente, en el principal.

JUAN. Sí, señora sí. El dueño de la casa de en-

frente, el principal de Don Enrique. (Señalando á éste.)

ELENA. Justo. Preguntas por él, y se la entregas en propia mano trayéndome al momento la contestación; pero enseguida.

JUAN. Volando. Soy un relámpago, señorita. (Váse.)

ESCENA IX

ELENA Y ENRIQUE

ENRIQUE. Creo de mi deber advertir á V. señora, aunque no dudo de la influencia que sus ruegos puedan ejercer en el *caballero* Rodolfo, que éste, tiene sentada fama de ser algo atrevido con las damas y siendo V. hermosa...

ELENA. Muchas gracias por la lisonja... Descuide V., buen amigo. Obraré con suma táctica, y si fracasára en mi creencia y las cosas llegaran á cierto estremo, llamaría al criado en mi auxilio; es joven y fuerte. Por lo demás, como conveniente que es, pienso ser breve.

ENRIQUE. (Aparte.) De todos modos y por si acaso haré de manera de estar aquí lo antes posible. No hay que fiarse de este hombre. (Alto.) Señora, yo por mi parte, y en cumplimiento á lo ofrecido, voy al encuentro de D. Ricardo.

ELENA. ¡Tanta amabilidad, querido amigo!... ¡Permíteme que así le llame!

ENRIQUE. Y amigo verdadero, señora.

ELENA. Así lo creo, que no puede mentir un alma noble.

ENRIQUE. Dentro una hora pues, á lo sumo, sabrá

V. de D. Ricardo, si es que no vengamos juntos, que es lo mas probable.

ELENA. ¡Oh! no sabe V. el bien que me hacen sus palabras.

ENRIQUE. Adiós pues, señora, y tranquilícese usted... (Váse).

ELENA. Adios, caballero... (Pequeña pausa).

ESCENA X

ELENA

Que Dios haga que le encuentre y vuelvan pronto; y Dios haga tambien que con mis ruegos pueda convencer á Rodolfo... (Con convicción). Pero sí; le convenceré, y esperará. Afortunadamente tenemos las mugeres ciertos recursos para conmover á los hombres por duro que tengan el corazón... Sí; todo han de poderlo mis ruegos.

ESCENA XI

ELENA Y JUAN (por el fondo).

JUAN. (Adelantándose, jadeante). Señorita...

ELENA. ¡Ah! Juan... (Corriendo á su encuentro y con precipitación le pregunta): ¿Qué? ¿has entregado ya la carta? ¿has visto á D. Rodolfo? ¡que te ha dicho!...

JUAN. (Fatigado). Por Dios, señorita, déjeme V. respirar.

ELENA. Tiempo te quedará despuès... ¡vámos hombre!...

JUAN. ¡Y si me ahogo antes!...

ELENA. No seas pesado... ¿qué te ha dicho?... ¿le has visto?...

JUAN. Sí, señora. Le he visto, estaba en casa .. Ha leido la carta, ha sonreido, y me ha dicho: «Dí á la señorita, que iré inmediatamente.» Nada más; me he despedido y he volado aquí para comunicárselo á V.

ELENA. (Satisfecha). Bueno, está bien; (al criado). Mira, así que llegue, le introduces aquí y le dices que tenga la bondad de aguardar un momento, que yo, salgo enseguida. (Váse primera izquierda).

JUAN. Está bien, señorita; así lo haré, V. descuide, V. descuide ¡vaya!

ESCENA XII

JUAN

(Mirando á la puerta por la cual ha salido Elena).

Está visto, ¡vaya! ¡ya lo creo! Aquí pasa algo gordo, y cada vez voy convenciéndome más de que he cometido yo una barbaridad diciendo lo que he dicho á la señorita. ¡Claro! ¡Como que de este trastorno tengo yo toda la culpa!... (Dándose un cachetazo). Toma, por animal.., ¡vaya! y ¡cuidado si es buena la señorita!... pues... ¿y el señorito?... tan bueno como ella, ¡ya lo creo!... ¡y como se quieren... (Se deja caer con negligencia en una butaca). ¡Ba!... Si yo pudiera encontrar una muger tan buena de carácter como la señorita, aunque no fuese tan guapa, me casaba con

ella... esta misma tarde, ¡ya lo creo! (Reclinándose en su asiento). Yo, tuve una novia cuando era asistente del coronel Sietemesino, que por poco me pesca; ¡vaya si me pesca!... ¡Como que era buena como pocas!... No tenía mas que un defecto. Que me arreaba cada golpe que tiritaba Dios, y por cualquier motivo. ¡Era el mismo cariño que me profesaba!... Y con todo y esto; si no hubiese sido que era algo jorobada, y tenía la boca así, (hace señal de grande) muy grande, con su nariz achatada y que era algo coja tambien, pues... me caso con ella. ¡Ya lo creo! ¡Ya lo creo que me caso! ¡Vaya!... ¡Como que me quería á rabiar!... Cuando yo la pedí relaciones, solo había tenido ella amores con... doce más; y nada me prueba tanto que me quería y sabía distinguir, que, siendo yo como era un asistente liso y pelado... me plantó por un sargento de caballería reenganchado tres veces... (Suena el timbre).

¡Han llamado!... ¡Ah!... Será D. Rodolfo. Voy á dar cumplimiento á la orden que me ha dado la señorita. (Váse. Al poco tiempo aparece acompañando á Rodolfo).

ESCENA XIII

JUAN y RODOLFO

JUAN. (Entrando el primero en escena y saludando sin moverse del dintel de la puerta). Pase, pase el señor... (Rodolfo entra) y tenga la bondad de aguardar un momento, pues la señorita sale al instan-

te... ¡Tome asiento el señor!... (Le indica un sillón).

RODOLFO. Bueno, aguardaré. (Seco).

JUAN. ¡Si al señor se le ofrece algo!...

RODOLFO. (Secamente). No; puedes retirarte.

JUAN. Está bien, señor. (Aparte). ¡Hum!... Que sério que es este señor Rodolfo; no se parece al señorito Ricardo ¡vaya! (Váse).

ESCENA XIV

RODOLFO

(Es el tipo acabado de la hipocresía. Habla siempre con gran cinismo y el público ha de advertir qué, este personaje, piensa lo contrario de lo que dice, esceptuando los casos de arrebato llevado por su pasión hácia Elena. Al irse el criado, se sienta en un sillón con gran desenvolvimiento y como si se tratara de su propia casa.

Voy llegando al final en mis propósitos, y el final me satisface. Es cierto que tambien me ampara la casualidad. Adivino el fin de esta cita. Elena querrá con sus palabras, con sus ruegos, ablandarme para que no apriete yo los tornillos... Vana, ridícula pretensión la suya, será inútil. Mi obra satánica se verá coronada por el éxito más completo. Todo á pedir de boca, todo... Y solo han bastado tres meses para que fuese un hecho la realización de mi plan. Cosa bien fácil me ha sido: Una reunión en mi casa, dos hombres para secundarme, un préstamo, y un poco de cinismo para mentir y hacer ver lo negro blanco; total nada. Ricardo, por su impericia en el juego,

virgen en chanchullos, poco práctico en ardides políticos y arrastrado constantemente por la exclusiva voluntad de mis dos hombres, cayó con precipitación, rápidamente, en el estrecho recinto de la pobreza. Cayó, pues, porque yo lo quise, porque así debía de ser para dar satisfacción á mis fieros apetitos. Su fortuna primero, que á mis manos queda; su Elena después, que á mis deseos apetece... A tí, Ricardo, te tengo sujeto y bien sugeto, para que no muerdas; á ella, á Elena, á tu esposa, el objeto de mi pasión insensata, volcánica, salvaje, la tengo sujeta tambien y en sus propias redes al trocarse su candidez en imprudencia.

(Sacando del bolsillo la carta). Esta carta me allana el terreno, sin que Elena lo haya podido sospechar siquiera. Eres, hermosa, deidad demasiada niña, para pensar como muger, y eres demasiada muger, para que vea yo en tí á la niña... Inmediata la rendición, fácil será la caida. (Con entusiasmo). ¡Oh!... Poder dar satisfacción al amor que me devora, ¡qué placer tan grande, qué inexplicable dicha!... (Abre el sobre y saca la carta). Estas palabras, escritas al parecer, con suma ligereza, dan fé una vez más á mi creencia de que, la ligereza, precipita siempre el fin, y al fin vamos con agigantados pasos... Dice en el papel Elena: (Marcando irónicamente las palabras subrayadas). «Interesa vivamente tener una conferencia, *aprovechando la ocasión de no hallarse presente Ricardo;* de no ser pronto esta entrevista, podría *sorprendernos mi esposo y enterarse de lo que precisamente conviene que*

él ignore. (Declama.) Casualmente sin tratamiento... esto solo dá motivo para surgir el misterio, y el misterio es de seguro efecto en estos casos. Sin fecha tambien, para mayor éxito. Esta carta pues, será el arma que he de esgrimir para con Ricardo en caso de peligro, ó, despechado, en venganza de un desprecio. Arma inofensiva al parecer, pero que yo puedo hacer sea en realidad, mil veces más terrible que el puñal del asesino que yerra á veces el golpe; esta carta no es tan fácil, no puede, porque va recta al corazón del infeliz que ha de creerse burlado...

(Escucha y sonríe con expresión diabólica). Oigo pasos, ruido de faldas... Es ella. Preparémonos para el ataque... Conviene ante todo, fingir...

ESCENA XV

RODOLFO y ELENA

ELENA. (Saliendo primera izquierda, algo más compuesta que antes.) ¡Amigo Rodolfo!... (Con confianza y saludando.)

RODOLFO. ¡Apreciada Elena!... (Aparte.) ¡Que hermosa, que divina!

ELENA. Me dispensará V. el atrevimiento en molestarle, pero creí que nuestra amistad me autorizaba...

RODOLFO. (Hipócritamente siempre.) Ya sabe V., Elena, que estoy á sus órdenes, y á todas horas dispuesto á sacrificarme por V.

ELENA. Muchas gracias, amigo, no esperaba menos yo de su amabilidad. (Aparte.) No sé... ó finge

con astuto aplomo, ó este hombre es un perfecto caballero.

RODOLFO. Tiene V. pues, la palabra, señora.

ELENA. (Al decir Rodolfo, «tiene V. pues, la palabra», Elena le hace seña invitándole á que tome asiento, lo que afectuan ambos.) Satisfecha por su grata acogida y alentada por los nobles sentimientos que en V. he creido siempre descubrir...

RODOLFO. (Interrumpiendo) Favor que V. me dispensa, señora.

ELENA. Es justicia que merece el caballero... Estimulada, pues, por ambos conceptos, no titubearé un instante en exponer á V. el motivo que me ha inducido á molestarle.

RODOLFO. Usted dirá, señora. (Aparte.) Preparémonos para el asalto.

ELENA. (Con triste acento.) No ignoro, amigo Rodolfo, la situación apurada de mi esposo, nuestra crítica situación, como tampoco la deuda con V. contraída.

RODOLFO. (Fingiendo sorpresa.) ¡Ah! V. sabía!...

ELENA. Sí, Rodolfo; Mi esposo tuvo buen cuidado en ocultarme su ruina, situación deplorable que continuaría ignorando, á no haber leido casualmente esta mañana la carta que V. le dirigió, recordándole la devolución del dinero prestado...

RODOLFO. (Con astucia). Y que indispensablemente necesito hoy para librarme de un sério didículo, señora.

ELENA. (Alarmada). ¡Indispensablemente dice V!...

RODOLFO. Sí, señora, indefectiblemente.

ELENA. ¿No podría V. esperar siquiera ocho dias... nada mas que ocho dias, y yo le prometo á V., porque de ello tengo seguridad absoluta,

que, para dicha fecha, le será devuelta íntegra la cantidad prestada, incluso intereses, si V. quiere?

RODOLFO. (Con cinismo). Pero, V. crée, Elena, que tratándose de un amigo, de Ricardo, su esposo, á serme posible, no ocho dias, sino ocho años esperaría para la devolución de mi dinero? Puede V. estar segura de ello.

ELENA. Pero cuando apurados todos los medios, agotadas todas las fuerzas, solo se halla el recurso de un aplazamiento de ocho dias para cumplir el compromiso, para poder procurarse la cantidad necesaria, y mas, habiendo seguridad absoluta...

RODOLFO. (Interrumpiendo). Con todo y haber esa seguridad. Si el dinero lo necesito precisamente hoy, para que así surta sus efectos ¿qué necesidad tendré de él dentro ocho dias?... Es que V. Elena no sabe, que, nosotros, los acostumbrados ante los ojos del mundo á nadar en la opulencia, un dia, una hora no mas, de escasez en nuestra caja de caudales, es nuestro descrédito, nuestra perdición á veces.

ELENA. Nunca creí que fuese V. tan cruel para con los amigos, Rodolfo. Eso que V. dice, no es verdad.

RODOLFO. ¿Yo cruel?... No tanto como V. lo es para conmigo, Elena. (Aparte). Empiezo á perder la calma.

ELENA. (Con estrañeza). ¿Que yo fuí cruel y para con V.? ¡No le comprendo, francamente lo confieso!...

RODOLFO. Es verdad, que V. no puede comprenderme.

ELENA. (Con doloroso acento). De todos modos, V. no hará que, Ricardo, mi esposo, el amigo de V., se vea en una afrenta. ¿Verdad Rodolfo? V. es bueno; V. no ha de querer que nuestro nombre vaya á parar en los registros de un juzgado... Esperar ocho días, es nuestra salvación, tan solo ocho días... yo se lo suplico... Se lo ruego á V. (arrodillándose) de rodillas, por él, para la salvación de mi Ricardo...

RODOLFO. (Aparte y con rábia). ¡Su Ricardo, su Ricardo! (Se levanta.)

ELENA. No me responde V.?... míreme aquí, á sus plantas... ¡De rodillas se lo suplico, por él, para su salvación!...

RODOLFO. Levante, levante V., Elena,... Yo bien quisiera poder acceder... pero, no puedo... es imposible... (Al decir «levante», Elena se levanta.)

ELENA. ¡Dios mío, Dios mío! ¡No hay salvación en el mundo para los hombres!... (Con desesperación.) Ah!... ¡pobre Ricardo de mi alma!...

RODOLFO. Si V. quisiera, sí; hay salvación; hay salvación para Ricardo... le perdono hasta la deuda ¿quiere V. más?... pero esto, solo con una condición. (Aparte.) Creo precipitarme demasiado

ELENA. (Enérgica.) Venga la condición, aceptada de antemano, la que sea, si así se salva mi esposo.

RODOLFO. (Con sonrisa satánica.) La que sea, la que sea... si así fuera... si fuera así... Si V....

ELENA. Yó, sí, que. Acabe V., acabe V. pronto, porque empiezo á dudar de la santidad de sus propósitos y creo adivinar el pensamien-

to que reverbera en sus ojos, espantándome tan solo la idea de que sea cierta mi sospecha.

RODOLFO. No creo, señora, que pueda V. adivinar en mis ojos... V. no puede, porque no se mira en ellos... poque V. ama á Ricardo...

ELENA. (Interrumpiendo y con gran sinceridad.) ¡Con amor inmenso, con amor infinito, con pasión delirante!

RODOLFO. (Nervioso.) Sí, sí, lo sé, lo sé... no siga V. más... no siga V. más ó no seré dueño de contenerme...

ELENA. (Impaciente.) Pero, porque?... ¡Es que quisiera comprenderle á V. Rodolfo, y no puedo!...

RODOLFO. Ni es posible tampoco. (Haciendo ademan de marcharse.) Adios, señora, adios... Siento en el alma no poder acceder á sus deseos. Me es preciso hacer el depósito esta mañana mismo, no hay otro remedio...

ELENA. (Mirando al cielo.) ¡Oh! ¡que no hay otro remedio!...

RODOLFO. Y si Ricardo no puede devolverme el dinero, me veré precisado, sintiéndolo mucho, porque es mi amigo, me vere precisado á demandarle...

ELENA. (Suplicante.) ¡No! ¡V. no hará esto, no, no lo hará, yo se lo suplico, yo se lo ruego!... No se marche V.... dígame antes...

RODOLFO. ¡Me lo suplica V.! ¡me lo ruega!... ruegos y súplicas que no pueden tener efecto, sino bajo una condición, señora. (Con mala intención.)

ELENA. (Con energía é impaciente.) Pero cual. ¿Hable V. claro yá, y de una vez, para que yo le comprenda?...

RODOLFO. Pues V. lo quiere, séa.

ELENA. (Con arrogancia.) Si, lo quiero, se lo exijo.

RODOLFO. ¡Me lo exije V.! voy pues á que me comprenda; voy ha hablar claro, Elena... (Marcado.) Yo aplazaré el pago, perdonaré hasta la deuda, si V...

ELENA. (Impaciente.) Pronto, basta de preámbulo.

RODOLFO. (Acercándose á Elena y bajando la voz.) Yo perdonaré el pago, si V. corresponde al amor que arde en mi pecho.

ELENA. ¡Ah! (Retrocediendo.)

RODOLFO. (Con precipitación.) ...que arde en mi pecho cual incendio voraz.

ELENA. ¡Que dice este hombre! ¡Oh! era cierta mi mi sospecha... (Con energía.) Váyase, váyase inmediatamente de aquí... ¡yo lo quiero! ¡yo lo mando! ¡estoy en mi casa! ¡tengo derecho á que se me obedezca!...

RODOLFO. No... ahora no; ahora no me voy; por voluntad de V. no me marché antes; por voluntad mía, me quedo ahora; y pues la revelación me ha sido arrancada á *viva fuerza*, yá no me detengo en mi delirio... (Fuera de sí.) Sí, ya no me voy aunque V. mande que me vaya y no me voy, porque la amo con amor que quema las entrañas, con violencia... ¡Yo la quiero á V., señora, con ímpetu salvaje!...

ELENA. (Algo repuesta.) Verdaderamente me causa V. lástima, mas que ódio, por lo que acaba de revelarme. ¡Que conciencia la suya! !Que corazón mas perverso, mas corrompido que vuestro corazón!... Atreverse en esta forma, y en las circunstancias que nos rodean, atreverse y, ¿con quien?... con la esposa del amigo; con la mujer inseparable de aquel hom-

bre tan bueno y tan desgraciado á la vez; de aquel mi ser querido que crée honrarse con una amistad que le denigra... (Exasperándose). ¡Oh! ¡miserable traidor!.. ¡vil hipócrita!.. ¡váyase V. de mi casa; no quiero verle, no quiero escuchar por más tiempo su voz... le aborrezco desde este instante, me inspira lástima, ásco!..

RODOLFO. ¡No mas, no mas, basta! ¡No continúes, no continúes de este modo, no continúes ó no podré contenerme!

ELENA. ¡Y me tutea este hombre! Con que derecho, se atreve V. ha faltar al respeto que se me debe?

RODOLFO. Porque, preguntas?... porque?... pues, no lo he dicho? Porque te quiero con toda la fuerza de mi alma; porque quiero que seas mía y mía serás, pese á quien pese. (Corriendo hacia Elena y cogiéndola ambas manos.)

ELENA. (Queriendo desasirse.) Oh! ¡aparta, mónstruo!. ¡suelta infame... me haces daño!...

RODOLFO. No, no, sinó suelto... si no suelto ya...

ELENA. ¡Yo desfallezco!...

RODOLFO. ¡Oh!... ¡y con que placer estrujo tus diminutas manos entre las mías!... ¡conque inefable dicha y rábia de amor miro en tus ojos; tus ojos hermosos, grandes, divinos, potentes, con la potencia lumínica del sol de los soles!... ¡y quiero besar tus lábios!...

ELENA. ¡Suelta!... (Haciendo constantemente esfuerzos.)

RODOLFO. ¡Si!... ¡y quiero besar tus labios de púrpura, para que me mate su roce embelesador con los míos! ¡quiero inundar tu frente de vergüenza! ¡quiero tu carne!...

ELENA. ¡Ah! (Grito horrible; hace un supremo esfuerzo y

logra desasirse de Rodolfo, yendo á parar con el empuje en una butaca.) ¡Que horror me inspira este bombre!

RODOLFO. Ahora lo vas ha saber todo, todo... (Paseándose agitado.)

ELENA. Esto no es amor; esto es el deseo de un hombre que ha surgido de la escoria, en su podedumbre.

RODOLFO. No sé, no sé, sí seré todo esto que tu dices; no lo sé... Solo sé, que te amo como no he amado nunca; que por ti, he hecho yo, ¡Oh sí! cosas horribles, si, no lo niego..., pero todo por conseguirte; para atraerte á mis brazos; para revolverte locamente en ellos... Y sino, mira, escucha: escucha lo que hice yo, lo que yo hice.... fué monstruoso, fué horrible.... Pero ha sido horrible también mi tormento desde que te conocí hace dos años... Dos años de suplicio constante, de batallar la amistad y el deber, con el amor y su delirio, puesto que procuré inutilmente acallar mi pasión, rastrera si, pero intensa, avasalladora... Pasión que en vez de apagarse, ha ido en aumento, en aumento siempre, y con tal ímpetu, que llegó á quemarme hasta las entrañas. Hace dos años que mi pecho convertióse en un volcán, cuya lava, aunque contenida constantemente en el orificio por escrúpulos del momento, el ímpetu de sus erupciones, no obstante, hizo avanzar cada vez más en su camino la materia inflamada, y con progresiva fuerza siempre, hasta que, con sus horribles golpes, llegó á un punto en que no fué posible resistir más y los escrúpulos cedieron. El crater quedó en su bo-

ca libre completamente de obstáculos, y exteriorizó de una vez todo el fuego que rugía adentro librando combate espantoso... sí... y aquí me tienes pues, muger hechicera que me devoras, aquí me tienes, para evidenciarte que no he reparado en destruir todo lo que constituyera vuestra felicidad conyugal, empleando todos los medios que he tenido á mi alcance, y lanzando contra tu esposo, cual la lava contenida, toda las vilezas, á fin de conseguir á la viva fuerza el que tú, te unas con mi criminal perversión, para que así, sácies mis fieros apetitos, para que á mi insensatez, unas también tu vergüenza. (Paseándose agitado).

ELENA. (Con resignación.) Y he podido oir con calma á éste ser indigno tanto tiempo... Escuchar casi impasible sus blasfemias... ¡Oh!... es que Dios sin duda dá valor á los débiles en instantes supremos.

RODOLFO. Así pues, mira; hace yá tres meses que, sin escrúpulos, sin escrúpulos ¿comprendes? porqué la corriente llegó á desbordarse, empecé á hundir á tu esposo, procurando llevarle á la ruina, á la miseria, á la deshonra...

ELENA. (Rompiendo á llorar.) ¡Miserable!.. ¡Miserable!..

RODOLFO. A la perdición, sí; valiéndome para ello de dos hombres sujetos á mi voluntad, que le arrastraron al juego y prestándole dinero yo, despues de hundido, para que no mordiera, para conseguirte más facilmente, ¿comprendes ahora?... (Con expresión infernal.)

ELENA. (Serena y con gran fuerza, con valentía.) ¡Infame!.. ¡infame!... No vomites más, boca infernal. Adivino por completo tu plan diabólico, tus

propósitos fieros... Quieres que yo manche el nombre honrado de mi esposo, para tú, luego, devolverle el dinero que es suyo, que le has robado, y así, después de conseguirme ¡oh, no, horror!, poder decir al desventurado esposo: «Toma; ahí tienes lo que es tuyo; este dinero te lo había robado yo y te lo devuelvo, para evitarte la pública deshonra á que con mis mañas infames te quería llevar, pero guárdate muy bien de levantar tu frente, no puede esta de ningún modo ir herguida, pues lo que yo no llegué á realizar en tres meses de contínuas vilezas, lo ha llevado á efecto tu esposa en un momento de excesiva debilidad, manchando así tu nombre y pisoteando sin escrúpulos ni piedad tu honra... es eso! ¿verdad? es eso, y así, decirle á Ricardo de una vez: (Con fuego.) «*Toma; ahí va la vida, porque precisamente en ella vá envuelta también, la muerte.*» (Queda en actitud arrogante, digna.)

Rodolfo. Eso, sí, eso; me has comprendido, pero me has comprendido demasiado. Y pues no veo posible á las buenas el conseguirte, lo he de lograr á las malas... Has de rendirte á la fuerza, (fuera de sí) ó morirás en tu resistencia; con que, escoje, y escoje pronto, porque van entrándome tentaciones de ahogarte y ahogarte ahora mismo, si no correspondes á mi amor, á mi pasión que lo abarca todo... todo... (Terrible. Elena hace ademán de tocar el timbre que estará sobre la mesa, apercibiéndose al momento Rodolfo que se interpone.) No, no llames en tu ausilio, ni prorrumpas en gritos, ó de lo contrario... te mato. (Seguridad).

ELENA. (Horrorizada por la actitud de Rodolfo.) ¡Dios mío, que horror! ¡no sé que hacer! ¡Yo desfallezco!

RODOLFO. ¡Que dices!... ¿No me contéstas?... (Nervioso.) ¡Mira que enloquezco!...

ELENA. (Aparte.) ¡Será preciso fingir para que ésta fiera se aplaque!...

RODOLFO. (Sin poder contenerse y sujetándola por ambos brazos.) ¡Habla!, ¡habla!... Una palabra de tus labios que apague mi sed ardiente, ó te ahogo... (Ciñéndole el cuello con ambas manos.)

ELENA. ¡Ah! (Horrorizada cae arrodillada gritando:) Sí, te amo, te amo...

RODOLFO. (Soltando á Elena). ¡Por fin! pero... no, no; no es así como yo quiero que tu me ames; no se ama á voces, á gritos, se ama con apagada voz, bajo, muy bajo, (trocando la fiereza en ternura) ¿ves? como yo ahora, como yo que te adoro con toda la fuerza de mis sentidos.

ELENA. (Aparte). ¡Oh, Dios mio!... (Alto y con voz sorda por la rábia). Sí, ¡te amo, te amo!

ESCENA XVI

ELENA, RODOLFO Y RICARDO

(Aparece Ricardo por la puerta del fondo y al ver la actitud de los personajes en escena, queda en la misma estupefacto, adelantándose cuando se indica).

RICARDO. (Puerta fondo). ¡Cielo santo, que es esto!

RODOLFO. Así, así... (Con gozo). ¡Oh! ¡que dicha!

RICARDO. ¡Qué tortura! ¡y es Rodolfo!

ELENA. (Casi ahogándole la rábia). Sí, te amo.

RODOLFO. (Con júbilo diabólico). ¡Ah! ¡me ama..... me ama!... al fin sabrá ser falsa á su esposo...

RICARDO. ¡Ella es buena!... ¡Oh!... no puedo más.

(Adelantándose rápidamente é interponiéndose). ¿Qué significa esto?... (Con energía). Contestad.

ELENA. (Con mezcla de terror y alegría). ¡Ah! ¡Ricardo!

RODOLFO. ¡Su esposo!... (Con sorpresa y reponiéndose al instante).

ELENA. (Aparte). ¡No viene con Enrique! (Disgustada).

RODOLFO. (Aparte). ¡Es estraño! ¡no le han entretenido!...

RICARDO. Si, yo, yo. Que?... Acaso no me esperábais?... Dime Elena, dime: Que hacías arrodillada ante Rodolfo?... pronto. (Terrible).

ELENA. (Aparte y con espanto). ¡Oh! ¡le va á matar!...

RODOLFO. (Aparte). ¡Ah! Nada ha oido.

RICARDO. ¿No contestas?... (Exasperándose).

RODOLFO. (Con cinismo). Ricardo, deja de importunar á tu esposa y ten calma un instante; pues por motivo muy distinto del que sin duda tu te imaginas, viste á Elena en la actitud que le recuerdas.

ELENA. (Aparte). ¡Qué nueva infamia tramará ese miserable!...

RICARDO. Venga, venga pues; habla tú, sí así lo habéis convenido. (Comprimiéndose). Pero acaba pronto, Rodolfo, no me desesperes.

RODOLFO. No temas, seré breve. Cuando tu llegaste, acababa de manifestar á tu esposa que, compadecido yo de tu situación y comprendiendo á la vez, lo muy difícil que te sería saldar mi préstamo, había resuelto, obrando como buen amigo, desistir por ahora de hacer el depósito de que te hablé en mi carta, y perdonar mi deuda, hasta tanto tu te procuras el dinero necesario. ¡Ya ves! esto es todo. Tu esposa conmovida, arrodillóse para darme las gracias...

RICARDO. (Dudando.) Pero es esto cierto?...

ELENA. (Aparte.) ¡Cuanto cinismo!

RODOLFO. Que lo diga ella misma... (Dirigiendo una mirada expresiva á Elena.) ¿No es verdad, señora?..

RICARDO. (Con emoción.) ¿Es verdad Elena?...

RODOLFO. (Aparte.) Hay de ella, si llega ha descubrirme.

ELENA. (Despues de un instante de vacilación.) Si, es verdad.

RODOLFO. (Satisfecho.) Ya ves, Ricardo. como te habías engañado.

RICARDO. (Tranquilo.) Efectivamente; veo que ha sido así. Me había engañado. Perdona pues, buen amigo, si llegué á dudar un momento de tí... de ella... (Dirigiéndose á Elena.) y tu, mi adorada esposa, perdona tambié. ¡Tu que todo lo ignorabas!... que momentos de angustia tan cruel, al enterarte ¿Verdad?...

ELENA. (Dirigiendo una mirada á Rodolfo.) ¡Oh! sí, angustia horrible.

RICARDO. Mas ¡ea! ya pasó, perdonadme los dos. De hoy en adelante, voy ha hacer vida ejemplar; pues habeis de saber, amigos míos, que gracias á uno de esos caprichos del juego, en una mañana he recuperado lo que perdí en espacio de tres meses.

ELENA. (Con alegría loca.) ¡Ah! que óigo.

RODOLFO. (Espantado. Aparte.) ¡Que dice! ¿Como puede ser?... ¡No habrán secundado mis órdenes! (Ha de comprenderse desde ahora, el mal efecto que producirán en Rodolfo las palabras de Ricardo.

ELENA. (Resistiéndose á creerlo.) Pero es verdad, Ricardo?...

RICARDO. Si, esposa querida. La providencia, Dios, que nunca desampara, me ha querido prote-

ger en instante supremo, para dejarme completamente curado del repugnante vicio.

RODOLFO. (Aparte.) ¡Mi obra de tres meses derrumbada en un instante!... ¿que habrá pasado en la bolsa? ¡Presentimiento fatal!... (Mostrando desosiego desde este instante.)

RICARDO. (Dirigiéndose á Rodolfo.) Ya ves pues, Rodolfo, que, tu noble ofrecimiento, coincide con la devolución de tu préstamo, cantidad que te será abonada por quien indica esta carta orden. (Le dá una carta que habrá sacado de su cartera Rodolfo la toma maquinalmente en medio de la mayor estupefacción.) Puedes pues romper yá el pagaré, no le necesito. ¡Para que quiero yo papeles inútiles?

RODOLFO. (Con temblorosa voz.) Te felicito por tu suerte... te felicito...

RICARDO. Gracias Rodolfo.

ELENA. (Rápido.) No, no le dés las gracias!

RICARDO. (Sorprendido.) ¡Pero que dices mujer!...¿Porque?...

RODOLFO. (Aparte) ¡Oh! rábia.

ELENA. Escucha, ven Ricardo... (Con emoción y llevándose á Ricardo izquierda; Rodolfo queda derecha.)

RODOLFO. (Aparte.) Si habla esta mujer, estoy perdido.

RICARDO. Pero, que te pasa Elena? ¡Por Dios, dí! ¿que te sucede?...

ELENA. (Aparte.) No me detengo no, ha sido un monstruo. (Por Rodolfo. Alto.) Mira Ricardo. Ves este hombre?...

RODOLFO. (Aparte y satisfecho de una idea.) ¡Ah! estoy salvado.

RICARDO. ¿Este hombre? Sí. ¡Es Rodolfo, mi amigo, nuestro amigo!...

ELENA. No, (Con energía) nuestro amigo no, nunca, jamás lo ha sido... ¡es un infame!...

RICARDO. ¿Un infame?... (Mirando con recelo á Rodolfo.)

ELENA. Un ladrón. (Con valentía.) El fué quien valiéndose de dos hombres, á la sombra siempre él, te incitó al juego para perderte, para robarte el dinero... ¡El mismo lo ha confesado!

RICARDO. ¡Que es esto!... Que súbita revelación... ¡no entiendo! Rodolfo, ¿no oyes la acusación de mi esposa; no oyes? ¡Te llama mi ladrón por confesión propia! ¿Que?... ¡y no te defiendes!:..

RODOLFO. (Con gran serenidad.) No me defiendo, porque precisamente lo absurdo de la acusación, es prueba clara y terminante de su falsedad.

RICARDO. ¡No lo veo tan claro yo!

RODOLFO. (No sabiendo lo que se dice.) Además, yo creo que, Elena, está loca.

ELENA. (Con indignación.) ¿Loca?...

RICARDO. (Indignado tambien.) ¿Loca mi Elena?... (Transición). Sí; locos creo que estamos todos.

ELENA. ¿Loca ha dicho?... basta yá (resuelta) de tanto cinismo; ¡Ricardo, lo vas á saber todo!

RICARDO. Eso, eso; todo, todo lo quiere saber, Elena, todo.

RODOLFO. (Aparte y dirigiéndose á la puerta del fondo dispuesto á marcharse). Será lo más prudente.

RICARDO. (Advierte la intención de Rodolfo y se interpone.) No, tú no te vas, hasta que yo sepa la verdad, la verdad de todo; y pues te llaman mi ladrón y huyes, ladrón serás, la prueba es clara. Hay pues que ajustar cuentas, amigo; la mia, está saldada yá.

RODOLFO. (Desconcertado). Tu esposa, miente.

RICARDO. ¡Ahora miente! ¡yá no está loca! ¡yá miente!... ¡luego es verdad! ¡luégo tu éres un vil canalla!... (Exasperándose.)

ELENA. Y un perseguidor de mi honra; intentó seducirme... ¡me amenazó con la muerte si no accedia á sus deseos!...

RICARDO. (Con explosión de rábia.) ¡Ah!... ¡esto más!... Y querías escapar, ¡víbora maldita, cuando debes morir á mis manos!... (Vá para precipitarse sobre Rodolfo; Elena le detiene).

ELENA. No, no toques su ropa; ¡te mancharías!...

RICARDO. (Con ira reconcentrada). ¡Vil hipócrita, miserable, traidor!... Has querido derrumbar el pedestal de mi existencia, carcomiéndole poco á poco con mañas infames; arrastrándote á la sombra siempre cual víbora venenosa... ¡Ah!... y cuando creías más segura la presa, cuando ibas á caer sobre la víctima para descuartizarla con tus garras de cuervo asqueroso, de fiera salvaje, surgió de súbito, inesperadamente para tí, otro pedestal más sólido, más fuerte, inderruíble; si, soy fuerte yá, y te juro ¡viven los cielos! que no morderás más, porqué á quitarte voy para siempre, garras y dientes. (Excitado).

ELENA. (Alarmada por la actitud de Ricardo). ¡Cálmate, Ricardo, por Dios!.

RODOLFO. (Desconcertado). Debo advertirte Ricardo, que no tengas tanta cenfianza en tu esposa, que si yo fuí culpable...

RICARDO. (Con rabiosa alegría). ¡Ah! ¿confiesas?... Confiesa pues, traidor, confiesa. (Con imperio).

RODOLFO. Sí, si yo fuí culpable, fué á instancias de Elena...

ELENA. ¡Ah!... ¡Ladrón! ¿Que dices?... (Detiene á Ricardo.)

RICARDO. (Queriendo desasirse de Elena.) ¡Basta... Elena, aparta!...

RODOLFO. Hay una prueba, ahí vá, toma. (Tira la carta á los pies de Ricardo.)

RICARDO. (Recogiendo la carta). ¿Que prueba será esa?... Otra infamia tuya, seguramente.

ELENA. (A Rodolfo con desprecio.) Mi carta; ¡oh! no pensaba aun que fuérais un ser tan mezquino.

RICARDO. (A Elena). Elena... ¿qué significa esta carta?... es tu letra, ¿verdad?...

ELENA. (Con serenidad). Sí, es mía. Esta carta la escribí esta mañana, cuando supe tu ruina; la escribí á fin de suplicar fuese aplazada la fecha para el pago de la deuda.

RODOLFO. (Con cinismo). Es falso. Esta carta hace días que fué escrita, y expresamente sin fecha para desorientar... No quiera V. eludir la culpa que la corresponde, señora.

RICARDO. Creo que el que la elude eres tú ¡imbècil!..

ELENA. (Indignada, á Rodolfo). Hay un testimonio de la verdad de mis afirmaciones.

RICARDO. Si no hace falta, si te creo Elena; si no puedes mentir tu; si tan solo hay que mirar el rostro de este miserable para ver en él, retratada la fealdad de su alma.

RODOLFO. (Con terquedad, á Ricardo). Este testimonio de que habla Elena, es falso y no saldrá á luz.

ELENA. Quizá salga á luz bien pronto; precisamente se le espera y es Enrique, el secretario de V., cargo que deja hoy de desempeñar por considerarlo deshonroso para él.

RICARDO. (Extrañado á Elena). ¿Su secretario?...

RODOLFO. (Con estupefacción). ¿Mi secretario?... (Aparte.) ¡Qué conjuración es esa!...

ELENA. (A Rodolfo) Si, su secretario. Estuvo aquí poco há... (A Ricardo) salió en tu busca. Si Ricardo. El secretario hasta ayer de este hombre, (señalando á Rodolfo) hereda dentro 8 días una fortuna, y compadecido de nuestra situación crítica, ha venido ofreciendo incondicionalmente para dicha fecha, el capital necesario á fin de salvar tu crédito. Pero antes era preciso salvar tu nombre; se hacía necesario pues, que el vil presente, esperára los ocho días ¿comprendes?... y mientras salía Enrique en tu busca para hacerte sabedor de sus nobles propósitos, escribía yo la carta.

RICARDO. Si, si no podía ser otra cosa... si adivíno la santa intención de Enrique, un corazón honrado. (A Rodolfo). En tí, alguna vez creí adivinar al malvado y, no obstante, los escrúpulos de amigos, hacianme prontamente alejar del pensamiento tal idea... Y, yá ves, Rodolfo; tu secretario, persona digna, quería sin duda justificarse con una buena acción, por que consideró un desdoro para él, haber estado algun tiémpo á tu servicio.

RODOLFO. (Con gran desfachatez). Y bien ¡que!... Esto no me prueba mas que una cosa; ¡bien claro aparece!.

RICARDO. }
ELENA. } (Impacientes). ¡Que!...

RODOLFO. (Con desfachatez). Que Elena y Enrique, son algo mas que amigos. (Ricardo hace un esfuerzo para contenerse).

RICARDO. (Grito ahogado), ¡Oh!

ELENA. (Indignada). ¡Ah¡ ¡vil calumniador!..

RICARDO. (Aparentando calma, aunque se notará los esfuerzos que hace para contenerse). Esto ya es el colmo de

la desfachatez y de la osadía... (Queda mirando de hito en hito á Rodolfo).

ESCENA XVII

ELENA, RODOLFO, RICARDO y ENRIQUE

Enrique aparece por la puerta del fondo disponiéndose á entrar, pero al ver la actitud de los que están en escena, quédase en el dintel, cuidando que no le vean los personajes, mas, si, el público.

ENRIQUE. (Aparte). ¡Que pasará!...

RICARDO. (A Rodolfo). Pocos séres habrá seguramente en el mundo, que en criminalidad te aventagen. (Con calma aparente).

ELENA. (Aparte.) ¡La calma de Ricardo me espanta mas que su fiereza!

RODOLFO. (Con altanería). En fin, Ricardo, ya rendiremos cuentas despues; ahora, déjame libre el paso ó no respondo de mí.

ENRIQUE. (Aparte). Comprendo; ¡ese infame!...

RICARDO. (Terrible y cerrando con su cuerpo la puerta del fondo). Amenazas, y gritos encima?... ¡Bien, magnífico, admirable!... Amenazas y gritos cuando aquí soy yo, yo, (exaltándose por grados) yo, el único ¿oyes? el único que tiene derecho á gritar y á morder y á desgarrar... Tú, tú no responderás de tí como no has de responder de nádie... ¡infame calumniador, ladron de honras! Ha llegado tu hora, (sacándose un revólver) vas á morir. (Apunta á Rodolfo).

ELENA. ¡Ah!... (Grito extridente, desgarrador; cáe sin sentido en un sillón).

ENRIQUE. (Entra en escena, al mismo instante en que Ricardo, apuntando el revolver á Rodolfo, dice, «vas á mo-

rir» deteniendo al momento el brazo de Ricardo. Toda la escena siguiente ha de ser rápida, aunque sin precipitación, para que produzca el efecto apetecido).

Don Ricardo; no se pierda V. por un vil canalla.

ELENA. (Con voz débil). Ricardo!... Ricardo!...

RICARDO. (Reconociéndole). V., Enrique!...

ENRIQUE. (Advirtiendo el desmayo de Elena). Su esposa desfallece.

RICARDO. (Soltando el revolver, que irá á parar en mitad del escenario y corriendo hácia su esposa). ¡Oh! ¡Elena, Elena! ¡esposa mia! (Ciñéndola la cintura, la levanta).

RODOLFO. (Yendo para cojer el revolver del suelo. Aparte). Esta es la mia.

ENRIQUE. (Se apercibe de la intención de Rodolfo y, rápido, con el pie separa el revolver del alcance de aquel). ¡Miserable! No lograrás tu intento... (Se precipita sobre Rodolfo y le derriba). Al suelo, al suelo... Este es tu sitio.

(Momento de cuadro. Rodolfo al suelo y Enrique de pie delante de él y en actitud amenazadora, forman grupo á la derecha y cerca al procenio; Ricardo, sosteniendo en brazos á Elena, forman grupo á la izquierda y cerca la puerta del fondo).

RICARDO. ¡Elena, vuelve en tí!...

ELENA. (Volviendo en si del desmayo). ¡Ricardo!...

RICARDO. ¡Aquí estoy, en tus brazos, esposa mia!

RODOLFO. (Levantándose, mientras Enrique recoje el revolver y se lo guarda). Tu, tu también contra mi. (Con rábia).

ENRIQUE. (Enérgico). Contra la infamia, voy yó.

ELENA. (Advirtiendo á Rodolfo). ¿Aún está aquí este hombre?... ¡que se vaya; no quiero verle!

RICARDO. (Con dulzura). Yá se irá, ten valor un instan-

te. ¡Es tan grande su crimen! Mira, aquí está Enrique para ayudarnos.

ELENA. (Advirtiendo á Enrique y tendiéndole la mano). ¡Oh! Enrique, buen amigo.

ENRIQUE. (Estrechando lo mano de Elena con respetuoso cariño). Señora mía.

Forman grupo, Ricardo, Elena y Enrique, cerca la puerta del fondo; Rodolfo permanece á la derecha, proscenio, mirando al grupo con desconfianza.)

RODOLFO. ¡Y bien! que es lo que me quereis? Acabad pronto; no espereis mas si es que intentais asesinarme.

RICARDO. (Con desprecio). ¡Asesinarte! ¡Tu muerte!... Afortunadamente estoy yá sereno para dártela. Tu no mereces la muerte, sería eso dispensarte un señalado favor, un honor inmerecido, puesto que al morir, se descansa; en la muerte no se padece, y en tí lo que conviene, es que vivas, que vivas mucho, para padecer sin descanso, eternamente.

ELENA. Dejádie, dejádle que se vaya, despreciád á este salvaje, que no otra cosa más que desprécio merece.

RODOLFO. (Con altanería.) Acabád, acabád pronto, que me impaciento.

RICARDO. (A Enrique.) ¿Ha visto V. nunca desfechatez igual?...

ENRIQUE. Déjele V., que yo llevo su castigo.

RODOLFO. ¿Mi castigo?... (Mirando á Enrique con recelo).

RICARDO. (No comprendiendo.) ¿Su castigo dice V.?...

ENRIQUE. Su castigo sí, y que presumo ha de ser terrible. (Dirigiendo una mirada significativa á Rodolfo. Este se estremece.) Escuchad, amigos, escuchad, (Dirigiéndose á Rodolfo) y escucha tu también, poderoso caído.

RODOLFO. (Aparte.) ¡Que será esto que empieza yá à espantarme!...

(Espectación en Elena y Ricardo.)

ENRIQUE. Al salir poco ha de esta casa, en busca de V., D. Ricardo, y presumiendo donde hallarle, dirijí mis pasos hácia la bolsa.

RODOLFO. (Aparte y horrorizándose de pronto.) ¡Que presentimiento tan terrible!...

ENRIQUE. Una vez en él, llamó mi atención ciertos grupos en los corredores. Parecían todos discutir sobre algo sensacional. Procuré enterarme de la causa, y con júbilo inmenso vine en conocimiento del certero golpe verificado por V., (á Ricardo, que sonríe como agradeciendo) y de la ruina de vários personajes.

RODOLFO. (Con vivo interés y visiblemente alterado:) ¿Y quienes eran estos?

ENRIQUE. Los dos sócios de V. y algún otro más. (Con ironía.)

RODOLFO (Aparte.) ¡Dios de Dios!

ENRIQUE. Uno de los sócios de V., (á Rodolfo), le encontré en un pasillo; era Anselmo. Daba lástima ver la lividez de su rostro; me conoció y suplicóme os llevara este escrito, (sacándose una carta) añadiendo después: ¡Segismundo, se ha vuelto loco!...

RODOLFO. (Aparte.) ¡Ah!... maldición...

RICARDO. (Aparte.) ¡Si serán los dos infames que tentáronme!...

ENRIQUE. (A Rodolfo). Ahí tenéis pues la carta. Este es el último servicio que os presto, y con entera satisfacción mía.

RODOLFO. (Arrebatando nerviosamente la carta de las manos de Enrique).

¡Qué sudor!... ¡angustia horrible!... (Abre el sobre y lée).

RICARDO. (A Enrique). Segismundo y Anselmo, ¿qué particularidad tienen en sus señas, querido Enrique?...

ENRIQUE. El uno, se distingue por su chillona voz, el loco; el otro, por ser rollizo y de rostro encendido, el que me ha entregado la carta.

RICARDO. (Aparte). ¡Oh! eran ellos... ¡miserables!...

RODOLFO. ¡Ah!... (Grito de rábia; continúa leyendo, mesándose nerviosamente los cabellos).

ELENA. (Por Rodolfo). ¿Qué tiene este hombre?...

ENRIQUE. La carta que empieza á surtir sus efectos. (Espectación en los tres, que no dejan un instante de observar los movimientos de Rodolfo).

RODOLFO. ¡Maldición! ¡maldición! ¡no puede ser! ¡no puede ser!... ¡Oh!... rábia... (Pateando, mientras estruja la carta nerviosamente en su mano, dejándola luego caer al suelo. Su excitación es terrible, está completamente fuera de sí).

¿Quién ha sido?... ¿quién ha sido el que me ha robado?... me han robado... me han hundido para siempre... para siempre... (Mira por todos lados con espantados ojos. Con las manos va desordenando su vestido, arrancándose la corbata, y desabrochándose el cuello de la camisa, dando así, paulatinamente á su figura, aspecto de loco; entre tanto, Elena, Ricardo y Enrique, bajarán al proscenio poco á poco y como sin darse cuenta, trazando un semi-círculo, mientras Rodolfo opéra en sentido contrario, haciéndose mas á la puerta del fondo).

ELENA. ¡Inspira miedo este hombre!...

RICARDO. Y lástima á la vez.

ENRIQUE. Está fuera de sí.

RODOLFO. (Con desvarío). Todos. . todos han conjurado contra mí... ¡Ah!... pero todos morirán en mis manos... todos, Mirad, mirad. (Señalando al suelo). Aquí, hay uno que agoniza; yo le maté... Allá, otro que exhala el postrer sus-

piro... y ved, ved... más allá un tercero que fallece... Todos, todos mueren por mi voluntad... ¡Oh, dicha!... ¡mis deseos veo realizados!... (Con espanto). Más, ¡qué veo!... ¡horror!... ¿qué es aquello?... espectros terribles que me asedian, que me amenazan, que me sujetan... (Haciendo esfuerzos para desasirse como si efectivamente le sugetaran). ¡Oh!... Apartad... Dejadme... Yo os lo mando... apartad. ¡Eh!... (Con creciente terror). ¿Qué decís? ¿Queréis mi vida?... No, mi vida no, mi vida no... Sí, fuí un infame, un malvado, ¡perdón, perdón, perdón!... (Dirigiendo la mirada al cielo y cruzando las manos en actitud de penitente. Todo este párrafo queda, para su ejecución, al buen criterio y talento artistico del actor). (Pequeña pausa). ¡Ah! se van... huyen... y los muertos se levantan y huyen y huyen todos, já, já, já, já... y yo soy tambien la muerte y huyo tambien, já, já, já, já, tambien huyo... (Gritando desaforadamente y marchándose). ¡Yo soy la muerte!..... (Eco prolongado).

ESCENA XVIII Y ÚLTIMA

ELENA, RICARDO y ENRIQUE

ENRIQUE. Infeliz; ha perdido la razón.

ELENA. (Algo aterrada por lo que ha visto). ¿Que dirá esta carta que tal trastorno ha obrado en Rodolfo?... (Enrique recoje el papel del suelo). Léela V., Enrique.

RICARDO. Sí, veámos el contenido de este papel.

ENRIQUE. Voy á satisfacer la natural curiosidad de Vds., que es la mia también. Dice el papel:

(Lée) «Rodolfo: Hemos sido unos imbéciles...»

ELENA. (Interrumpiendo). ¡Buen principio!

ENRIQUE. (Declama). Mejor presumo que será el fin. (Lée). «Hemos sido unos imbéciles. Esta mañana, sugetándonos como siempre á las instrucciones que de ti teníamos recibidas, preparamos la gran jugada confiando en la solidez del gobierno. En sentido contrario, habíamos hecho circular rumores para así asegurar más el éxito de nuestras operaciones, y los jugadores, caían en el garlito como moscas que acuden á la miel; uno de ellos, el primero, como puedes suponer, ha sido tu vecino Ricardo, que era el que interaba *reventar* primero.»

RICARDO. (Interrumpiendo). ¡Ah infames!...

ELENA. Cuanto cinismo.

ENRIQUE. (Lée). «Pero, con la desesperación que es de presumir, y á causa de disgusto surgido anoche en el seno del gabinete, ha resultado cierto lo que nosotros hacíamos circular como falso. Efectivamente, había caído el gobierno. Como creíamos nosotros jugar á cartas vistas, estaban comprometidas nuestras fortunas, de modo, que la ruína de los tres, ha sido completa, fatal, quedando aún tú en descubierto de algunos miles por ser el que jugabas, como siempre, mayor cantidad. Segismundo, en un exceso de crisis nerviosa, ha perdido la razón, y yo, cuando ésta leas, habré salido con dirección al extrangero para ver así de mitigar el dolor profundo producido por herida tal. *Anselmo.*»

RICARDO. El inspirador de mi mal, arrastrado en su caída á los verdugos que le secundaron. He

aquí el resultado de esta infámia: Dos locos que quedan, para el castigo sufrir, y un cuerdo que huye, para el pecado purgar.

ENRIQUE. Verdad es que ha pagado Rodolfo su culpa perdiendo la razón. ¡Justo castigo de Dios á sus maldades!

RICARDO. ¡Oh, sí, querido Enrique... justo ha sido Dios! Para mi, felicidad que embelesa, (con ternura y ciñendo el talle á Elena) para Rodolfo, (con arrogante energía) *castigo que enloquece.*

TELÓN

Cuatro palabras á mis intérpretes

Si alguien, atrevido, hubiérame negado la existencia de la buena voluntad, la noche del 17 de Marzo de 1901, le habría apostrofado.

La buena voluntad, estaba encarnada en cada uno de vosotros, puesto que me secundásteis en la ejecución de mi humilde obra, de un modo admirable, poniendo en el desempeño de vuestros respectivos papeles el alma entera.

Por esto me siento orgulloso al hacer constar, que, el nombre de la Srta. Baseda y vuestros nombres, que en franca sencillez diré os llamáis, Cubells, Huguet y Salvat, quedarán grabados en mi memoria cual el recuerdo indeleble de aquella noche.

RICARDO.